

**Rosse Marie Caballero**

**Los vagidos del gato (o  
tal vez gata)**

---

# Los vagidos del gato (o tal vez gata)

**Por Rosse Marie Caballero**

La señorita Aguirre ha visto muchos inviernos pasar (y por supuesto primaveras) por el pellejo de la vieja higuera de su huerto. Ha visto cómo en el otoño la higuera se desnuda entera, como una mujer frente al espejo, y al final del invierno se vuelve a rehojar. Desde la atalaya de su ventana, la señorita Aguirre, ha visto también cruzar algunos gatos por el tejado de la casona vecina, sin distinguir si son machos o hembras, gatos o gatas; felinos, al fin, a la luz de la luna, tras de un nuevo acoplamiento.

La señorita Aguirre es egoísta, tan egoísta que no piensa en nadie, ni siquiera en sí misma. Y no tiene nada que ofrecer, ni siquiera a sí misma, pero QUIERE ser una mujer.

La señorita E., al contrario de la señorita A., tiene algo que ofrecer: tiene que escribir. Su futuro está en la escritura. Al menos eso piensa su familia, o sea su padre, su hijo y su gato.

En una de las escenas del guión que está escribiendo, aparece un marido cavilante junto al umbral de una habitación, su esposa se entenece. El marido es finalmente un hombre y ella es finalmente una mujer, y como mujer debe enternecerse. El ahorro es importante en la vida de la pareja. Ahorrar significa no gastar sin sentido. Gittan promete ahorrar y no gastar sin sentido. El marido asiente. Se complace de ser obedecido, le solaza la idea de ser siempre obedecido y nunca, pero nunca de los nunca contrariado. Sabe que Gittan siempre cumple sus promesas. Gittan, por supuesto, no piensa contradecir a su marido. La pensión de ex funcionario jubilado es oro en polvo; caso contrario no lograría pagar las cuentas de su automóvil, las cremas de peinar, los perfumes, y todos los implementos que le permiten transformarse de cada noche a cada mañana en la mujer formidable que se ofrece generosamente a la vista de quienes tienen el placer de verla. Y eso sin contar que Gittan tiene sus propios ingresos, que son propios porque los gana con el sudor de sus axilas, que es su propio sudor.

“El olor de tu axila es mi alimento espiritual,” se consuela la señorita. A., recordando su fugaz aventura de adolescencia. Revive ese olor de axila ajena, la axila que no le pertenece, que nunca le perteneció, que creyó que le pertenecía, bajo el argumento de creerse más que las demás, de nariz respingada y cola levantada.

La señorita E., por el contrario, no quiere recordar su aventura de adolescencia, aquella que le provoca náuseas. Prefiere recordar las mil aventuras que le provocan orgullo. El tenue orgullo de haber sido amada por los mil muchachos del colegio. Prefiere escribir y anotar que Gittan no cumple su promesa. No puede cumplir la promesa de hervir el pollo que su marido tanto apetece. ¡El pollo! ¡Deseaba tanto su caldo de pollo! Tendrá otra vez que recurrir al acostumbrado sándwich de carnes frías.

Una parte de la habitación pertenece a la señorita E., la otra parte le pertenece a su gato angora, regordete y dormilón; el gato se acurruca, limpio y perfumado, en su flanco. La señorita E. sabe que esa parte de la habitación es de su gato, lo cual toma en serio: La limpia y la ordena. La señorita E. no ama los perfumes. Ella no gasta el dinero en perfumes. A la señorita E. le tienen sin cuidado los perfumes (excepto perfumes de gato). Se baña con jabones cremosos, y eso es suficiente para oler bien. El marido de G. detesta el desorden de G. en la parte correspondiente de la habitación, pero lo admite, lo acepta y lo tolera, ya que ella trabaja duro por el día y por la noche, por el día en la oficina y por la noche en casa, llenándole de mimos. Marido no va a la oficina ni llena de mimos a nadie. A marido no le gusta la oficina ni le gusta dar mimos a nadie.

La señorita A., que bordea los cincuenta, ha tenido que emigrar al extranjero a buscar empleo (o marido, que es lo mismo). En el extranjero quizá pueda ser alguien. En su país no es nadie. La señorita A. no es nadie, concretamente una solterona, y quiere ser alguien, concretamente una mujer.

La señorita A. envía una carta desde el extranjero, que también existe, con postal incluida. La ciudad se ve preciosa, pero ella no vive en la ciudad. La ciudad no existe para ella. A.

vive en una comarca donde el invierno cala sus huesos de solterona. A. merodea por los andurriales, que es el único privilegio concedido desde su arribo al extranjero, en calidad de indocumentada.

La señorita A., que es la misma señorita A. que está en el extranjero, en su época no quiso tener marido, ni tener que domar un marido: “Al tener que domarte dejaría de ser libre, sería una fatiga, me cansaría. Prefiero ser libre y dejarte libre a ti; y piensa en Evelyn: “Y tenía tanto amor para ofrecerte, incluso a mí misma”. Pero hay quienes nacen para no ser amadas con la misma intensidad que desearían serlo, con la misma intensidad que estarían dispuestas a amar.

Gittan, que está cobrando vida propia en el guión de teatro, quiere oír el silencio, pero el marido no le deja. Habla, o enciende la televisión, o escucha música clásica, pero oír el canto del silencio no le apetece. A la señorita A. tampoco le gusta escuchar la música del silencio, por eso, cuando se tira bocarriba y contempla el plafón blanco de su habitación, el martilleo del silencio la corroe. No quiere recordar nada, a nadie, menos la aventura gris de su adolescencia.

A G. se le ocurre tomar vacaciones en el extranjero. Su jefe es amigo de marido; por tanto pide vacaciones, que le son concedidas con goce de haberes y certificación de días trabajados. G. está absolutamente segura de dejar en buenas manos su cargo, mientras ella va de viaje con marido.

Que no. Que traes mucha prisa para animarme a hacer el amor ahora. Recuéstate y lo pensaré, dice Gittan. Marido acababa de desempacar y se dispone a recostarse con la clara intención de practicar el ansiado coito con la esposa. Ella le corta la inspiración, y él, abrumado, decide dejarlo para otro momento. Ya se verá cuándo, pero está dicho que hoy no será.

La señorita A. detesta el frío del extranjero, pero prefiere sufrir los horrores climáticos a volver a su país. Allí nada tiene, nadie, ni a ella misma, ni ella es nada ni nadie. En su

empleo d'enseignant de français, allá, en los olivares de la comarca del extranjero, A. se siente alguien, su apellido se escribe con A de alguien: Mademoiselle Aguirre suena mejor que simplemente señorita A.

Por su parte, G. & Co. (siempre G. y marido) han hecho realidad su mayor sueño, ¡la Tour Eiffel! ¡Oh, la la la! Pronto su valija se llena de perfumes franceses, esos que la señorita E. adoraría ponerle a su regordete y peludo gato marfil. G. está en el extranjero, y sabe que también Aguirre se encuentra en aquel país, aunque no sabe exactamente dónde, “G” respira el mismo aire de suficiencia que “A”, y eso es suficiente. Ya podemos irnos, querido, solo quise hacer notar que yo, digo, nosotros también podemos viajar al extranjero.

Gitti odia a la señorita A. y a veces odia a marido porque odió a padre y odió a madre. La señorita A. no conoce al marido de G., pero conoce a G. puesto que sabe que G. la odia, y “A” le grita a “G”: “No conozco a tu marido; pero pobre tu marido, porque hay que tener estómago para tenerte a ti de mujer”.

Gitti es malcriada, chillona, bribona, ingrata con marido, cuando debería estar agradecida por la comida que ingiere su estómago día a día, a la hora sagrada. Pero marido debería estar agradecido con G. porque noche tras noche ella le abre su bajovientre a la hora sagrada, piensa Gitti.

La señorita E. piensa que su obra está saliendo de toda lógica, que se está desviando; no va a ninguna parte, no parece una obra literaria, más bien una baba, “casi una secreción”<sup>1</sup>. No dice nada, no es nada, no va a nada, no llega de nada. Es un absurdo. La señorita E. está consciente de que no llegará a su meta: hacerse escritora, como tanto le pide papá. La pizpireta de Gittan sale cuando quiere del guión; la señorita E. no la puede controlar, nadie controla, sin embargo, a la señorita E. tampoco, quien también se sale del guión. En esta historia nadie parece seguir ningún libreto; tan sólo Mlle. Aguirre, que ha venido escondiendo su amargura a través de largas noches de soledad, interna y externa. Es difícil para “A” ponerse el trajecito rojo de dos piezas y pintarse los labios de carmín, cuando por

---

<sup>1</sup> Los deshabitados. Quiroga Santa Cruz, M., contraportada.

dentro siente que no es una mujer de verdad. Aunque adora limpiar, es extremadamente limpia, es tan limpia por fuera y por dentro (sin tomar en cuenta su aventura de adolescente), que dan ganas de vomitar. Su habitación se ve pulcra y brillante, con una ventana que da al jardín. Nadie toca su puerta, porque nadie se considera lo suficientemente dign@ para visitar a tan distinguida dama de alcurnia.

Los muchachos del colegio la recuerdan distante, como su nariz, alta y lejana. Nadie puede oler el mismo aroma que ella percibe por encima de los hombros de los demás; en realidad, las demás no existen, tal vez el aroma tampoco, pero ella sí, y la señorita E. Tan solo la señorita E. podría ser digna de percibir el mismo aroma en el mismo atardecer cuando juntas recorrían el sendero de regreso a casa, después de clases y aprendizajes que al parecer a nadie interesaban.

La señorita E. ha sido la mejor (y única) amiga de “A” en la vida de colegiala. Después no tuvo más amigas, y tampoco tuvo vida. A través del ventanal observa el ronroneo de los gatos en el muro vecino, jadean, chillan, enloquecen. El macho o, supuestamente, el que es gato, huye despavorido antes de que su víctima-compañera-de-cópula lo destripe a arañazos. Mademoiselle A. corre las cortinas y cierra sus recuerdos.

El olor de tu axila semeja al aroma del más claro lirio de los campos, amada mía. Tu sonrisa de primavera acompañará por siempre todos los inviernos que posiblemente veré transcurrir en tu ausencia.

Pero hay que domar a la bestia.

...”Los fragores del acto amoroso se aplacan lentamente. Los líquidos se unen y en ese grito interno de la hembra se envuelve el mundo, gira el universo y todo parece prodigioso. El alarido de la hembra es la victoria del macho. El hombre sumido de espaldas en la colchoneta relame sus líquidos y se solaza al mirar de reojo a su amante. Sabe que la ha vencido, y ella que no quiere ser vencida ni doblegada por la voluntad de este farsante; se sacude y, bruscamente, se levanta para correr a la ducha y limpiar todo vestigio de impureza. A jabonarse. No quiere que la crea satisfecha. No, la señorita A. no está satisfecha, no es ‘su pareja’, no quiere ser nada suyo, y refriega esa piel de prostituta que ardía en deseo

momentos atrás. La deja lisa y suave como de un ángel. Mi ángel, te amaré por siempre, le repite el hombre y ella, volcando el rostro, prefiere mirar al infinito, ni sabes lo que es amar... pero sabes que esto va a acabar, debes estar preparado, no me quiero entregar a nadie"... Pero yo te amo, le dice el sinvergüenza, (...y yo te adoro, corrobora E., y le besan los pies, las piernas, el monte, quieren besar su boca...), pero ella esquiva ese beso fatal, ése sería el beso de la entrega y no está dispuesta a ceder"...

Pero la señorita E. y aquel sinvergüenza le rompieron el corazón.

En la época en que diferir sobre la preferencia sexual es un execrable pecado, la señorita A. tiene que permanecer incólume ante la trizadera de su corazón. Ve cómo sus compañeros de colegio le envuelven en discretas y sutiles bromas por la atenta compañía de Eve. Según ellos, la bella A. nació echada a perder, como huevo huero, como un ángel inalado. ¿Y sus perfumes? ¡Para qué tanto alarde! La señorita E. odia los perfumes en su cuerpo, pero adora perfumar a su gato. La señorita A. tiene que vivir encerrada por largos años, mientras la muchachada de todo el colegio, de toda la villa, de toda la ciudad, olvida el incidente del beso en la axila de la pobre Evelyn.

E. hace un largo viaje de estudios después del incidente, que casi coincide con el acto de promoción de nuevos bachilleres que lograrán el engrandecimiento de la patria, y a ella servirán como prueba de su amor y gratitud por esta tierra que los vio nacer y los formó y educó de acuerdo a normas de la más estricta moral y ética.

A. se aloja en la villa de las afueras, en la casona antigua de Mayorazgo del abuelo paterno, de apellido ilustre, con una fortuna amasada como todas: entre gobiernos de explotación y narcotráfico. Allá se va a vivir la señorita A. y es SEÑORITA A. para todos: los criados, los vecinos, los gatos y los pájaros. Ningún príncipe azul aparecerá jamás en su vida. Si alguien tiene derecho a tener un príncipe es Evelyn, casada en el extranjero con un político acaudalado.

...”Un hermoso caballo blanco montado por un jinete con penacho de plumas, aparece en sueños de A., a galope firme por la pradera. Ella, en medio de la oscuridad, encaramada en un alto muro lo está mirando pasar. Él, reparando en una sombra extraña se detiene y la sorprende in fraganti, ella no tiene más que recostarse dispuesta a sufrir la vejación a la que el jinete parece resuelto. La lluvia, otras sombras, figuras aladas, figuras humanas, la serpiente y el cóndor impiden el acto. El soldado tiene que emprender la retirada con el sexo ansioso por entrar al orificio servilmente apetecido por todo militar o labrador, mecánico o doctor y cuantos oficios como hombres haya en el orbe”...

E. vuelve de su viaje y A. tiene que partir.

La señorita A. odia a madre y padre, a futuro marido que no existe, a futuro hijo que no existe ni existirá, por su edad. A. no siente cariño, no conoce el cariño. Hasta los perros se tienen cariño. La señorita A. no es perro.

La señorita E., por el contrario, ama a padre, hijo y espíritu santo, a gato y futura gata y gatitos, pero no ama a madre muerta de la que siempre fue su enemiga.

Marido no odia a nadie. Él solo ama. Ama a Gitti por sobre todas la cosas, y a Gitti por bajo todas la cosas.

Lo peor para la señorita A. es que E. vuelve sin marido. Un divorcio y adiós a la historia novelesca e inverosímil de un matrimonio afortunado. Pero queda el resarcimiento pos divorcial, y E. no tiene reparos en adquirir la casona de Mayorazgo para fines turísticos. Mayorazgo se convertirá en el atractivo número uno de los museos del país, no precisamente por la momias (que no las hay), sino por el símbolo colonial del lugar. Otra vez la señorita E. se sale del libreto y deja volar la imaginación que tiene un alto precio, tan alto como aquel jacarandá que impresiona a la señorita Gittan, que ¡por primera vez en su vida ve un árbol azul en persona!

A. sale corriendo antes de ser descubierta por su amiga de antaño.

Gittan vuelve al guión. Marido ama la limpieza y odia el desorden de Gitti, por lo que se podría decir que ama a G. y odia su desorden que es lo mismo que ama a G. y está a punto de odiar a G. si no corrige su desorden, pero ella sabe que quien pierde en esta partida es, en todo caso, marido. Ella tiene la ventaja de la juventud. Gitti tiene treinta y tres, y varios compañeros de oficina por jubilarse; ella no pierde, quien pierde es él, por tanto, a él no le queda más que callar, y odiar en silencio a G. que pronto también le odiará, porque el odio transmite odio, el amor transmite amor, amor con amor se paga. Por lo pronto G. está segura de que ama a marido porque cree que marido la ama y no odia su desorden. Por lo pronto marido ama a G. sin contar el desorden.

La señorita E. planea hacer el proyecto del museo en la villa de las afueras, pero no recibe apoyo de la municipalidad. La casona se va deteriorando. Luego de que la señorita A. huye del lugar, los criados dejan de tener sentido y se hacen libres, empiezan a criarse solos y a salir a la ciudad, para hacerse cargadores, pequeños comerciantes, o ladronzuelos. El urbanismo alcanza la villa de las afueras. Se construyen grandes edificios con ventanales que reflejan el quehacer del exterior, pero no del interior del edificio. Se pone de moda la coca, y los hombres a la tejana, con sus botas de piel de cocodrilo y sus cartucheras de piel de víbora. Los automóviles con vidrios ray-ban, que esconden al conductor y a sus misterios@s acompañantes, y se difunde la represión política contra el narcotráfico.

Más tarde, entre el canto de gallos y media noche, los políticos de la nación se reproducen por miles. En negociados ilícitos, y transportados por avionetas clandestinas, se hacen millonarios. Pactan con propios y extraños y se reparten el país que la señorita A. deja, y la señorita E. encuentra después de muchos años. En este país, hacerse escritora es casi una broma. 'Ser alguien' sin tener dinero es imposible. Por eso la señorita A. hace sus maletas y se va a buscar algo de dinero y de identidad sexual, confundida por una callada y divergente preferencia del común de la gente.

Gittan & Co. continúan entre el bien y el mal, pues, los despilfarros económicos de G. están a punto de declarar a marido en quiebra, pero eso a G. no le afecta. Suele pasar tardes

enteras con sus compañeras de oficina jugando al bridge, apostando cantidades de dinero que marido intenta ahorrar para su vejez. Ella es joven y se ríe de la vida, todavía se ríe de la vida porque nada ha vivido, nada tiene, y nadie es, concretamente una simple secretaria privada, pero cree ser alguien, concretamente, la heredera de las rentas de marido.

Desperdiciamos nuestras vidas por un ímpetu de mediocridad. La pasión es un calor constante y firme. Sin fuego no hay calor, sin calor no hay vida. No hay pasión. No me puedo retirar de la vida sin haber vivido. Posible personalidad depresiva de la señorita A.

Marido le pide a G. acostarse, amarse, concretamente hacer el amor; ella responde: Un momento, tengo que tomar mi calcio para que mis huesos no se rompan, mi aspirina para mi corazón, el estrógeno... etc., etc. Posible personalidad histérica de G.

Gitti espera que A. sea infeliz donde esté. Marido no espera nada, marido ya no espera nada. Marido no espera ni todavía muerte.

Tenemos un año, tenemos algo. El último cigarrillo de la noche en el cenicero ajeno. No puedo creer que existas, Eve mía. A., que está sola en los olivares del sur de la frontera, se confiesa: “Amo mi inestabilidad, no tener una yunta a quien estar permanentemente sujeta. Amo mi libertad. ¿O tal vez no?”.

La señorita E. tiene un prestigio que cuidar: su padre, o sea el prestigio de su padre.

Una noche alguien dice refiriéndose a la señorita Gittan,: “Envidiable la estabilidad que tiene”, mirando a marido. Un señor mayor, calvo y rechoncho, con pocos pelos nieve sobre el labio superior a manera de bigote. “A tener la estabilidad de la vecina del frente, francamente prefiero tener mi propia inestabilidad”, piensa A.

Debe costar duros ser la mujer de un señor así. “Querido, tu sopa, tu baño, tu tutú...”. Y llevar una vida apacible, como el agua de la fuente cuando no hay viento. Tejer, bordar, lavar camisas y planchar. Ordenar todo y estar las veinticuatro horas al servicio de la casa.

Por la noche, acostar a marido y mirar las telenovelas mexicanas, cada cual más cursi que la otra. Y suspirar y soñar con la vida que una no tuvo, y querer empezar todo de cero... Pero al momento de mirarse en el espejo, descubrir un cabello cano nuevo y una arruga más... y cerrar lentamente el telón de la representación perfecta de una vida entre cuatro paredes.

Pero la señorita A. no imagina que tras del muro de la casa de Gittan, no es Gitti la que lava, la que cose, la que limpia, sino marido. La señorita E. no quiere tener que lavar, planchar ni cocinar, porque el amor se incrusta en el corazón de la hembra, y es el momento de la derrota. Perder la batalla por una simple flecha es como perder la vida, y a refregar con amor, a lavar con amor, a limpiar con amor, a coger con amor y cuando el amor del macho se acabe, a sufrir por amor, a penar por amor y a morir por amor. Morir antes que esclavos vivir. Huir antes que morir, huir antes que esclavos vivir y todos felices. La ventera de la esquina con su venta de dulces y chicles y manzanas. La señora de la farmacia, feliz sin gastar su dinero; la enfermera del hospital, sin amamantar hijos... Pero, como toda estupidez se paga con dolor y la mujer es mujer, a casarse se dijo (o a coger, que es lo mismo) y ahí las ven: la ventera con su crío (el otro crío es de otro padre); la farmacéutica llegando a casa a las 23 p.m. para preparar la comida familiar del día siguiente; y la enfermera, criando con sacrificio a sus varios niños.

La señorita E. no sabe cómo titular su obra: Cinco vidas y un perro o ¿Por qué los hombres nacemos machos? o El manifiesto de las vacas locas, se le ocurren como posibles títulos, pero ¿a quién le podría interesar? ¿A papá?, ¿a hijo?, ¿a gato?

Gittan en su nueva vida, desdoblada de la obra que la señorita E. está escribiendo, tiene problemas con M., problemas de estómago, porque para marido es muy importante el funcionamiento del aparato digestivo; por eso, a la hora de ir al baño a satisfacer necesidades fisiológicas digestivas, olvida las necesidades fisiológicas reproductivas de G.; en otras palabras, le importa un rábano el coño de G. a la hora de defecar.

Marido, el ex funcionario jubilado, quiere tener sexo pero no puede. Al sexo de marido le gusta dormir, le agrada de veras dormir, por la mañana el sexo de marido despierta dormido.

Ya no es como antes. Por tanto, la vida de antes de marido y su sexo se han perdido en los umbrales de olvido. Olvido es otro personaje que está queriendo nacer en la obra de la señorita E. Con sexo o sin sexo, Gittan, mía, ¿tú me amas?, y Gittan se pregunta: ¿Qué será el amor, no?

¿Será esa pequeña diferencia que existe entre la vida y la muerte?, y G. busca en libros especializados, y encuentra respuestas como:

Lo más bello del amor  
es que es breve.

O

La alegría de amar está en tener la oportunidad de depositar ese amor en la persona amada, decirle que la amamos, compartir algún secreto con ella. Tocar su cuerpo y llenarla de besos, aun por un instante, y guardar ese recuerdo como un tesoro.

La desalegría del ser amado (aquel que no ama, pero que es amado) es la tragedia de ser acosado por el amante (el que ama), al ser tocado, acariciado, besado o contactado por teléfono. Este tipo de amor deteriora la relación ocasional de la pareja y la torna en una pesadilla.

Entonces, G. se siente confundida. Gittan no encuentra respuestas específicas a sus preguntas específicas.

La señorita E., por su parte, detesta que le llamen ‘miamor’, y rechaza todo tipo de demostraciones de afecto, ya no quiere ser el amor de nadie, y rechaza las palabras indulgentes, mi reina, mi vida: Tu vida es tuya y la vida de ella es la vida de ella, independiente y autosuficiente, con esa autosuficiencia con que va al súper y compra galletas y detergentes y sábanas, o condones femeninos. Con esa autosuficiencia con que retoma una carrera universitaria, con la misma autosuficiencia con que paga la colegiatura

de su hijo y la comida del gato. Con la misma autosuficiencia con la que desprecia el prestigio por cuidar de papá.

La señorita A. va a cambiar si es que tiene que cambiar; intenta cambiar, pero no va a cambiar ella. Ella, la señorita E., va a cambiar el texto, no cambiar, es decir su persona, es decir sí su persona, pero no a ella... Al fin y al cabo las dos son iguales, las dos compartieron el mismo camastroapestoso del hombre que además de ellas, se cogía a otras a la vez.

La señorita E. ve a su gato corretear por los tejados tras una gata en celo.

Las cuatro menos veinte. Este martes en mi casa todo es frío, frío y sin embargo muy cálido. Has llamado y me puse a pensar, a pensar en esas sombras que me envuelven y me dan desilusión. Nada es real. Ya ves, un poquito de ti y de mí, de nosotras, apenas tocamos la frágil noción del tiempo, apenas has llegado y un cigarrillo entre mis dedos, suspirando lo imposible. Nada parece existir. Los papeles que se van entre las manos, libros muertos si no los miras, y yo, naufragando entre historias inventadas y prosas que vienen y terminan escritas en mi viejo computador. Nada parece existir, sólo tu voz y mi angustia, sólo el silencio que me dice que todo debe terminar.

Los personajes como la señorita A. no pasan navidades, se ponen a leer un libro en cama e ignoran la locura del mundo, allá afuera, en medio de tejados y supermercados, calles abarrotadas de mugre y de fiesta. Aquí nada. En la obra que lee A. no pasa nada, o pasa algo, todo lo contrario. Soledad es la protagonista y vive en soledad, soledad es lo que respira quien lee y vive en soledad. Soledad es una palabra interesante e inspira soledad. Aquí todo está solo. El árbol seco de Nochebuena, las luces que se miran unas a otras, un regalo sólo para el hijo que no llegará, un solo panetón y una sola botella de vino, una caja de bombones y unas velas solas. El niño en el pesebre y una campana que toca un solo de lamentos en lo alto del pequeño árbol solo. Ella, que lee sola, y solo el amigo que la visita y que hoy no vino porque no es día de visitas. Ninguna invitación para salir en Nochevieja y una larga noche que espera la oportunidad de dormir en compañía. Y cualquier tío atrapado

por el alcohol, como muchos, igual o peor que aquél, en este pueblo que se rompe y se corrompe...

Las despedidas son nostálgicas. Dejan un vacío, aunque fugaz o momentáneo, tal vez feliz para el que se va o para el que se queda, o triste para el que se va o se queda. Como aquella tarde nublada y fría que partiste en aquel avión. Tu bolso y nuestro pasado contigo. Y otra vez nos quedamos solas, como antes de que llegaras, como siempre. Desde aquella noche oscura que te fuiste brava, con la bronca de tu impotencia, por no poder cambiar el rumbo de las cosas.

Hoy no estás más.

Te has ido otra vez. Tal vez una pequeña lágrima resbale por el rostro, pero ya no se la verá, estará muy dentro deslizándose hacia el dolor infinito que abraza el alma en las despedidas.

Una vez más la señorita E. se sale del guión y piensa: Cuando una ama, tiene que valorar y medir la dimensión de lo posible. Un amor imposible implica un ser superior y otro inferior, sea en el ámbito estético, intelectual o económico o, sencillamente, porque una es mujer y la otra también.

¡Amor, la vida es sueño, sueño la vida, la vida sueña amar, el amor ama, el amor se deja amar en tu regazo. Tu risa suave, tu boca luna, tu cuerpo tibio perfuman mi habitación. Amor, no sueñes con el amor, no con la vida, no ames el sueño; ama el amor, no sueñes amar, ama el sueño, ¡ama la vida!

Y la señorita Aguirre, desde el horizonte, zozobrando entre matar el amor que siente por E., o incubar un amor por algún hombre, suspira.

Todas las despedidas dejan dolor. Ese dolor impalpable que se queda en los andenes vacíos de cualquier estación, que como el humo, se va, evaporando el silencio encallado en las

grietas de la soledad. Ah, el agua, el agua de los mares y el acantilado. Las rocas que se quedan inmóviles contemplando el navegar de los barcos eternos hacia el infinito.

Todas mis esperas frustradas.

Y mis ojos, clavados en el horizonte, esperando que llegue el dios Hermes y te deje partir, salir de la gruta que te tiene anudada al cuerpo de alguien que no amas, porque sueñas con volver a tu Itaca dorada. Ah, los barcos, y el recuerdo de aquellos ojos verdes que te esperan con su brillo apagado por los atardeceres hambrientos y fríos, mi bella E., mi diosa E. Pero E. vuelve y A. tiene que partir.